

Experiencia URBANATLÓN

Por Mauricio Reveco

Antes de la carrera:

Un nuevo formato de carrera llamó la atención de varios corredores asiduos a carreras de calle y unos pocos de cerro. Lo más parecido que se había realizado fue la Lippi Rat Race en el año 2010, pero con otras pruebas como bailar el caño y más difíciles como un canopy sobre el río Mapocho.

No sabía bien qué esperar de una carrera como ésta, dado que nunca la había visto ni tenía mayores referencias, solo entendía que se trataba de una serie de obstáculos en una relativamente corta distancia de 8K y que tenía el plus de recorrer el centro histórico de Santiago, ubicando los obstáculos frente a edificios y sectores emblemáticos de la historia de nuestra ciudad.

Una cantidad de alrededor de 3.000 participantes y lo estrecho de las calles del centro me hacían imaginar interminables aglomeraciones, con riesgos de accidentes y lesiones que podrían entorpecer mi participación en un montón de carreras para las que estoy inscrito.

Conociendo de primera mano la organización de la productora a cargo y el buen manejo con los accidentados que tiene, tuve la confianza suficiente para inscribirme y participar.

La inscripción por el sistema de pago WELCU fue sin novedades, ya estaba inscrito con más de un mes de anticipación, ahora solo debía esperar.

Mi preparación no tuvo nada especial, estaba en un gimnasio con apoyo de un entrenador haciendo ejercicios funcionales y recientemente entrenando con un equipo de KMP, que terminó siendo de mucho valor para un desafío como la Urbanatlón.

La primera agradable diferencia con otras carreras fue que la entrega del kit fue en un lugar céntrico, en un antiguo edificio que yo recordaba como sede del Goethe Institut, por lo que el trámite fue bastante rápido y me permitió compatibilizar el retiro con mi hora de almuerzo.

El día anterior a la carrera subí el cerro El carbón y asistí como apoyo a la carrera 24 horas en pista, por lo que el domingo mismo de la carrera estaba con las piernas algo adoloridas y con un poco reparador sueño de 2 horas. De todas formas estaba muy motivado para la Urbanatlón y me reuní con algunos de mis ya entrañables compañeros de la rama de runners de la compañía para la que trabajo (ENTEL) para realizar

el correspondiente calentamiento y estiramiento, luego de lo cual nos dirigimos a la partida.

Inicio de la carrera:

Comenzó la carrera a tiempo frente al señorial y de glorioso pasado Cerro Santa Lucía. Tal como esperaba, había mucha gente avanzando por la Alameda, principal avenida del centro de la capital. La presencia de corredores con variados ritmos de carrera hizo difícil pasar por entre la gente que iba más lento y ya frente al Palacio de la Moneda, con sus circundantes calles eternamente en reparación, encontramos el primer obstáculo compuesto por cajones plásticos a modo de barrera que debíamos saltar. No presentó mayor dificultad, dado que ya estaba habituado a saltar 12 cajones en el gimnasio.

La siguiente prueba en calle Morande consistió en pasar por una serie de andamios que semejaban una serie de telarañas de metal y cuyo mayor problema radicaba en el "mar humano" que trataba de cruzar por entre los andamios a la vez.

La tercera prueba era una serie de neumáticos muy ordenados en el Paseo Estado, que crucé haciendo skipping, pisando por dentro de ellos. No faltaba el que pisaba los neumáticos y terminaba de espaldas por el desequilibrio propio de correr sobre un poco homogéneo piso de caucho.

En la cada vez más cosmopolita Plaza de Armas, frente al edificio del Correo, la Municipalidad de Santiago y el Museo Histórico Nacional, una serie de taxis esperaba que más de 3 mil personas pasaran por sobre sus impecables carrocerías. No pude desaprovechar la oportunidad de saltar y abollar el capó de varios automóviles sin que fuese mal visto o tuviese que pagar por la reparación.

En la parte posterior del Mercado Central debimos sortear el menos entretenido de todos los obstáculos, que era correr junto a tarros de basura de plástico, que no presentó dificultad en absoluto. Algunos corredores empujaron los tarros al suelo, agregando así una pizca de dificultad y emoción a quienes veníamos detrás.

En Mac Iver con Merced había un obstáculo que parecía tratarse de mi temida escalada de muro, pero desde más cerca noté que se trataba de un camión. Los más bajos pasaron raudos, como después me confirmó un petiso amigo, mientras que algunos de mayor talla sufrían agachándose para pasar.